

22 Julio = 20

26  
HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

# La Risa



30  
cént

- Tía, ¿es ése el cerdo que ha hecho el tío?
- Pero, hija, ¡si eso no es posible!
- Pues madre dice que el tío se ha pasado la vida haciendo el cerdo.

Dibujo de GARRÁN

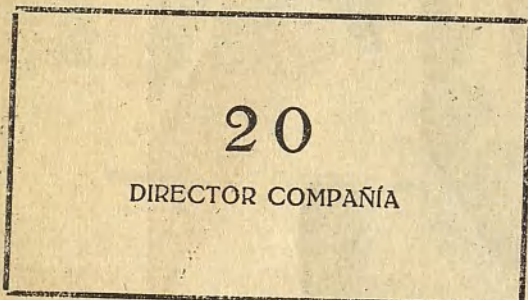


# MATATIEMPOS

Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

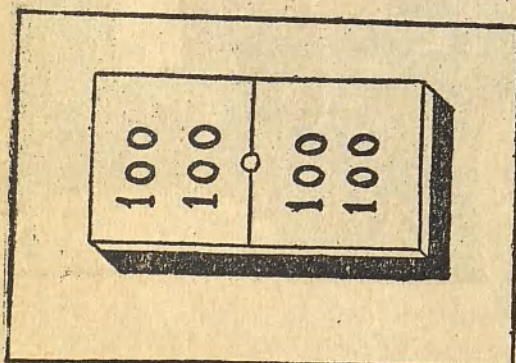
29.—Del tute.—Por FE.



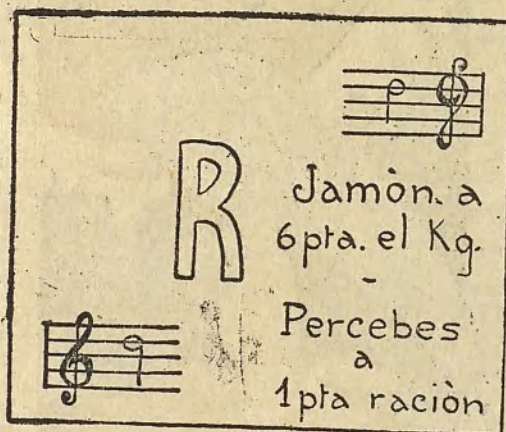
30.—Noticia de boda.—Por Bru.



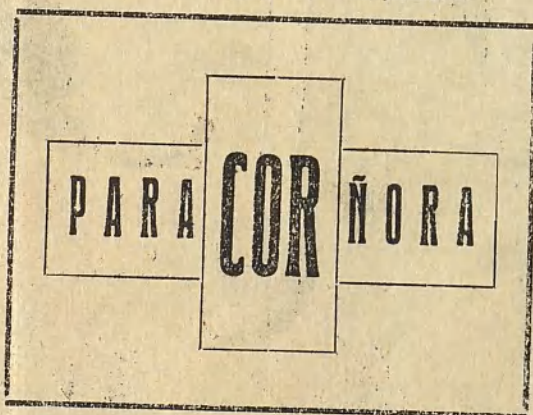
31.—En los vestidos plisados. Por FALDO.



32.—Lo que nunca harán los comerciantes — Por FALDO.



33.—Prenda de mujer. — Por JUANITO.



## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

Diríjase toda la correspondencia al Apartado 7.002.

Tib. Yagües.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



# Concursos de LA RISA

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que estos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las Bases del concurso para caballeros publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS pueden también venir escritos en un papel aparte, siempre que vengan acompañados del cupón.

—¡Trastorna usted más cerebros que el alcohol!

(Piropo premiado.)

RAFLES.

## PIROPOS RECIBIDOS

—Morena: Por usted era yo capaz de darle la vuelta al mundo en un caballo de caña.—  
A. NAVARRITO.

—Oiga usted, joven: Es usted un estuche de monerías, y le aseguro que si yo fuera Dios, y hubiera elecciones a Vírgenes, la proclamaba por el art. 29.—PEPE-OLITO.

—¡Adiós, monerfa! Tiene usted unos «pinreles» que, cuando se los tenga que lavar, el estanque del Retiro es pequeño para baño.—  
UN MÍOPE.

—¡Alma mía! Por usted soy capaz de estar cazando perros grandes y chicos hasta que reúna las 10,50 que dan en LA RISA por un piropo.—UN LACERO MUNICIPAL.

—Gitana: Con una mirada de usted era capaz de prenderle fuego al pantano de Lorca (que está medio de agua).—A. NAVARRITO.

—Niña: Si yo la viera hambrienta, era capaz de tirarme por el Viaducto para hacerme una tortilla.—UN CHAVAILLO.

—Tíe usted unos dientes que son un puñado de pecas encajás en un clavel.—ALBAICÍN.

—¡Vaya usted con Dios, resalá! Tiene usted más hechuras que un traje Luis XV.—  
VALERIANO.

CUPÓN  
NÚMERO

22

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.  
(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—Rubiales: Vale usted más pesetas que piedras se necesitan para llenar la ría de Vigo.—R. CUADRAO.

—¡Oiga, reina! ¿Me quiere usted decir qué materias primas emplearon sus papás para hacerla tan bonita?—SILVESTRE SÁNCHEZ.

—¡Olé ahí la gracia andando! Por usted, nena, sería capaz de torear a un miura con una capa e polvo.—L. A. CO.

—Salá: Vale usted más pesetas que gotitas de agua tiene el mar sazándolas con un esparto.—EL HORTERA PATATILLA.

—Preciosa: ¡Bendito sea el bisabuelo del abuelo del padre de uno de la casa en cuya habitación estuvo la cuna en que la mecieron!—A. NAVARRITO.



—Cuando usted pasa, hay que tocarla la Marcha Real, porque pasa la reina de la hermosura.—PEDRO SORIA.

—Vale usted más pesetas, niña, que Romanones con un traje de bailarina acompañando a la *Chelito* en el baile de la rumba.—EL DIABLO NEGRO.

—Eso es canela, joven, y no lo que echa mi patrona en el arroz con leche.—JOSÉ OJEDA.

—La voy a seguir a usted hasta la puerta del Cielo pa preguntarle a San Pedro qué hay que hacer para entrar en el departamento de usted, aunque sea de botones.—ISIDRO.

—¡Vaya con Dios la reina de las mujeres! Tiene usted un pie más pequeño que los haberes de un quinto.—JOAQUÍN LAMEIRO SANTIAGO.

—¡Olé ya las hembras con idiosincrasia! Lo que le sobra de ojos le falta a usted de boca, ¡gitanaza!—JOAQUÍN LAMEIRO SANTIAGO.

—Si usted tuviera apetito, yo sería el primer pollo que me cediera en paella.—EL POLLO GALLO.

—¡Olé por las hechuras, morena! ¿Cuánto me lleva usted por hacerme un traje?—EL POLLO GALLO.

—Niña: Con esos ojos hace usted más estragos que la gripe.—P. LOTA.

—Le estaba dando besos tanto tiempo como se tarde en romper la campana de Toledo con huevos.—AGUILERA SASTRE.

Oiga, joven: Hágame la bondad de separarse hasta que haya encendido el cigarro, pues temo haga perder la cabeza a todas las cerillas.—TRAN-VIII-BEL.

—Morena: Por usted era yo capaz, de ir a Beniuiriaguel y afeitarse a la harka de Abd-el-Krim.—UN BARBERO.

—Reina: ¿La vió a usted Millán de Priego cuando dictó lo del cine?—UNO DEL HEPTÁGONO.

—Desde que entró usted en mi jardín, se ha quedao seco de envidia.—ALBAICÍN.

—Me tié usted que da un puñao de sus pestañas, que tengo un paraguas sin armaura.—ALBAICÍN.

—Oiga, joven: Cuando pase usted por mi lado haga el favor de traer una manga de riego, porque me pego al asfalto.—UN GOMOSO.

—Nena: Sus ojos alumbran tanto, que si viene conmigo la prometo no gastar otro fluido que el que usted produce.—FRAGRIMAR.

—Hermosota: Si el poeta Amado Nervo hubiese conocido tan divina imagen, le hubiese dedicado la poesía del triunfo.—PORTEÑITO.

—¡Vaya usted con Dios, preciosa! Tiene usted unos ojos capaces de pegarle fuego al anuncio de un seguro de incendios.—A. L. C.

—Ciga, morenaza graciosa: ¿Me quiere prestar una pestaña para cocer el cerco de mis zapatos?—R. S. C.

## LA RISA

## BOLETÍN DE SUBSCRIPCIÓN

D. .... habitante en .....  
 ..... provincia de ..... calle de .....  
 ..... núm. .... desea subscribirse por .....  
 para lo que remite ..... ptas. .... cts. por giro postal o sellos de correo.

EL SUBSCRIPTOR.

..... de ..... de 1923.



# La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



—¿Y tiene usted el cinismo de entregarme esa pequeñez diciéndome que es un retrato kilométrico?

Dibujo de BLUFF.



## HISTORIA CAMELÍSTICA

SEÑORAS, señoritas y caballeros: Tomo la palabra, no sin antes toser, beberme un vaso de agua y adoptar empaques de orador, a fin de dar mayor solemnidad al acto, para decirlos que yo, que me privo por las coristas del Reina Victoria, los «torraos» y la Historia Sagrada, voy a daros aquí unas cuantas lecciones de lo último, animado por una labor cultural que me ayudará a subir la escalera de veinte pisos—no hay ascensor—que me ha de llevar a la Real Academia. Ante todo, diré que he de corregir algunas cosas divulgadas por otros colegas; ratificaré las más, pudiendo todos fiaros de la autenticidad de mis datos. Y ya, manifestado lo que antecede, voy al asunto, pues no creo haya nadie de ustedes que exclame: «¡Déjese de historias!»

Empezaré, como es natural, por nuestros primeros padres Adán y parienta. Como me figuro todos sabréis, estos señores estaban en el Paraíso Terrenal, encantados de la vida (no en el semanario galante de este título, que, como es sabido, entonces usaban *La Hoja de Parra*) y disfrutando de todas las comodidades, sin tener que ocuparse del cocido diario ni otras muchas cosas por el estilo, cual nosotros ahora, que estamos siempre pensando si nos hace falta un traje o si necesitan una compostura los zapatos. Ellos, con eso de vivir en pelota, se veían libres de tales preocupaciones. Y si bien es verdad que no se hallaban al tanto de nuestra civilización, no conociendo las «notos», pianolas y gramófonos, ni los dibujos ultraístas, en cambio, como compensación, podían salir a la calle tranquilos de no morir aplastados por un autobús o de que los insultase un cochero por no darle bastante propina. Así que ¡váyase lo uno por lo otro!

Tampoco negaré que carecían de tranvías; pero tenían una tortuga, lo suficiente para ir en ella más de prisa que en cualquiera de nuestros «cangrejos», y en lo tocante a gramófonos, ¿para qué los querían con aquel lorito tan simpático, que, para distraer los ratos de ocios de sus amos, se ponía a cantar, con una hoja de repollo a guisa de mantón de Manila y en jarras, aquello de:

«Mi solo afán, mi ilusión, mi triunfador.  
¡¡¡Es mi hombre!!!»

O lo de:

«En cuanto ven un billete, ¡pican!»

¡Una alhaja de loro! Dejaba a la altura del botón a la Pastora Imperio, tanto en voz como en gracia... ¡y hasta en años! En resumidas cuentas: que no podían estar mejor. Hacían allí lo que les daba la real gana, menos comer de la fruta prohibida, pasándose el santo día sin trabajar (de ellos deben haber tomado la iniciativa muchos empleados del Estado). Pero fueron tontos. Resultó que, ¡glotones!, el tonto y la tonta hicieron una tontería, y se comieron la manzana. Una tontería que luego se llamó Caín. Y ellos tan contentos, creyendo que nadie se enteró. Y no fué así.

Una colorra—precursora de las porteras—lo

hubo visto, y marchó con el chivatazo al Señor (muy señor mío), contándole lo ocurrido. Este mandó al Angel Exterminador, un sujeto con muy mal ángel, a desahuciar a los desobedientes, y el Angel, furioso al conocer la falta, montó en cólera, primero, y, después, montó en un águila enorme y visitó a Adán y Eva, arrojándoles del Paraíso. Y ¡oh qué escena la del desahucio! El Exterminador, espada en ristre, iracundo cual guardia exasperado, diciéndoles:

—¡A la calle, por pecadores!

Me recuerda lo que ocurrió el otro día en un cine de la corte. El acomodador, que también echaba del paraíso (0,30) a unos novios muy aficionados a las manzanas y frutas similares.

Y ya nos encontramos a los esposos fuera del Paraíso, infelices mortales expuestos a las indigestiones, dolores de muelas y recaudador de Contribuciones, y teniendo que trabajar para ganarse la «jamanducatoria». Él fué limpiabotas, *croupier* y «hombre-anuncio», y ella, desde vendedora de décimos hasta tanguista de «La Gloria», *cabaret* por entonces muy a lo «Maxim's». Hemos de hacer constar una cosa: y es que Adán era muy guarro y desaliñado, que nunca se cepillaba la ropa ni afeitaba. De ahí debe nacer, sin duda, el dicho «¡Eres un adán!», que se emplea con las personas por estilo de Carrere y Buscarini.

Miles desgracias se apoderaron de Adán y Eva, y todo por una simple tontería, de la que no escarmentaron, pues al poco tiempo volvían a hacer otra: Abel, a quien años después un mal día Caín asesinaba, intoxicándole con un pitillo de cincuenta, porque le hubo quitado la novia. Esta es la verdadera causa, y no como dicen, hechos un taco, otros historiadores errados (en el buen sentido de la palabra), que fué para robarle dos bolitas de plata que dió el Todopoderoso a Abel como premio de su virtud. Sí. Lo de las dos bolas es otra bola, y ya tenemos tres, que con el *taco* de que antes hablé... ¿echan ustedes una partidita al billar? Doy diez carambolas de ventaja, y conste que no sé jugar. Mas sigamos.

Al enterarse los padres de la muerte de su hijo, ellos, que por lo visto debían estar ya acostumbrados a tener dos, para no perder la costumbre escribieron a Montamín—que hacía las veces de París—encargando otro, cuyo nombre fué Sel y no Seht, como también afirman varios historiadores, y que es un pequeño lapsus. Yo lo sé por auténticos documentos, y, además, existe un indicio que demuestra se llamaba Sel. Un día que Caín iba a la taberna del *Pecas* con su hermano a beberse juntos unas copas, dijo a su padre, al despedirse:

—Adiós, que me voy a tomar un vaso de vino con Sel.

¿Se convencen? Pero oigo que me llaman a comer, y como estas antigüedades serán todo lo culturales que se quiera, pero lo otro es más nutritivo, dejo por hoy la historia y me voy por el cocido. ¿Ustedes gustan?

El secretario del historiador,  
ENRIQUE ESTEBAN DE VERA



## DELICIAS VERANIEGAS

Lo de veranear en este Madrid de mis pecados es una verdadera delicia. ¿He dicho una delicia? Pues he dicho mal. Es un cúmulo de delicias; el verano en Madrid es «la estación de las delicias», aunque existan malas lenguas que aseguren que más bien es «la estación de las pulgas».

Las playas norfeñas hacen el más espantoso de los ridículos si se las compara con las pintorescas de Lavapiés y el Avemaría.

Habitar en los barrios bajos equivale a vivir en una sucursal del Paraíso, con «Evas» más o menos ligeras de ropa y muchos «Adanes» en camiseta.

En las noches de estío, si te internas, lector, por alguna de las callejas de los barrios a que antes aludo, no andarás diez pasos seguidos o saltados sin tropezar con grupos de individuos de diferentes sexos, edades y colores, que, bien de pie, sentados o tumbados, invaden la vía pública en compañía de sillas, cajones, botijos y algún catre que otro, dando a la calle el alegre aspecto de aduar o campamento de gitanos.

De vez en vez observarás que de un portal sale una imponente fila, formada por hombres, mujeres, chicos, chicas, niños de pecho y militares sin graduación.

—Oiga usted—se te ocurrirá preguntar al individuo más próximo—, ¿qué espera aquí tanta gente formada?

—Pues coger agua de la fuente del patio.

—«¡¡Relozoya!!» ¿Pero es que no hay fuente en cada piso?

—No, señor, y no es porque el casero sea tacaño: es que como la casa es tan alta, el agua llegaría sudando a los últimos pisos, y aquí lo que se quiere es que esté fresca.

—¡¡...!!

El ciudadano que por necesidad se ve obligado a meterse en su habitación con el sano propósito de conciliar el sueño, si consigue dormir en estas noches, se le puede considerar como un héroe o sordo de nacimiento, pues la plebe callejera se reúne en pandillas y ora forman desahinados orfeones, ora juegan al corro, ora a las prendas, ora cantan la letanía, «ora pro nobis».

También abundan los altercados más o menos pintorescos, las frases más o menos expresivas y las bofetadas más o menos sonoras.

No es extraño que con estas variadas atracciones el individuo más pacífico y optimista adquiera un genio de dos mil y pico de demonios, en vista de que lo de dormir durante los meses de verano es más difícil que limpiarle la ropa a Weyler.

Si tú, lector, te ves en este caso, y al mismo tiempo «acariciado» por los insectos propios de la estación, disculparás a Herodes y a Caín y te convertirás en fraticida, matando seres tales como la pulga y la chinche, que llevan tu propia sangre.

ISIDRO THOMÉ.



### LA NUEVA FUNCIONARIA

—Yo soy muy bondadoso; pero la advierto que me disgusta que me contesten cuando reconven-go por algo.

—Puede usted estar seguro de que no le contestaré. He sido telefonista.

Dibujo de MÁRQUEZ.





### La mujer del aficionado.

El buen aficionado a los toros, el que empeña el colchón y toma «su» andanada, se va a la plaza con la bota de vino y la mujer. Durante siete días no piensa en otra cosa detrás del mostrador o junto a la mesita donde se gana el jornal. El domingo por la tarde, poco antes de salir, se coloca unos calcetines detonantes, se merca un puro de los gordos, da la mano a la «costilla», que está para comérsela bajo sus espesos cabellos brillantes de bandolina, y con ella sube a la «manuela» fachendosa, al carruaje madrileño y castizo, abierto como una ostra, que guarda bien dentro la perla del buen matrimonio feliz.

En su localidad, los cónyuges miran alrede-



—Ahora mismo vas y le pides perdón a la niñera, y la das un beso.

—¡Ay, no, mamá. Un beso, no. Un beso, no!

—¿Y por qué?

—Porque papá le ha dado hoy uno... ¡y menuda bofetada que le ha soltado!

Dibujo de DONAZ.

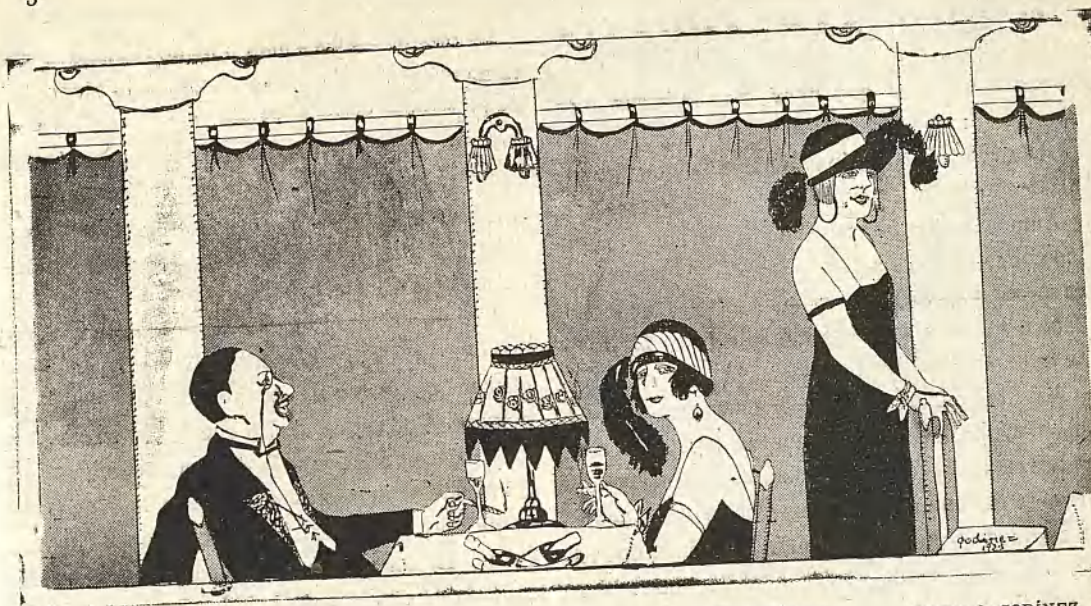
dor con gesto de perdonavidas. ¡Qué hermosa es la vida en domingo, con las manos cargadas de abalorios y tantas horas de ocio por delante, y una bota de lo tinto bien henchida, y cinco duros en el bolsillo «pa» lo que se tercié. Toda la plaza bulle, hierve, se agita no menos regocijada y petulante; entre el gentío no hay la menor sombra de pena ni de inquietud. Allá abajo, en el «callejón», refulgen los caireles y bordados; cuando la banda rompe a tocar el consabido pasodoble, el entusiasmo se desborda, y el sol aviva su fuego, y el azul de la tarde ondea y vibra con la gallardía de una bandera. En medio de tanta orgía, de ruido y de luz, el toque de clarín alborota con un escalofrío el corazón de todos aquellos buenos aficionados.

Y éste que ha venido con la «señora», no tarda en conceder libre curso a sus pasiones, preferencias y simpatías por la fiesta nacional, especialmente por el torerillo de su devoción. Porque en esta temporada el fenómeno de tanta ha nacido en el mismo barrio donde este aficionado y su mujer viven y nacieron, lo cual le fuerza a sentirse solidario de todos sus triunfos y a considerar como propias las ofensas que le infieran.

Todo aficionado que se estime un poco debe hacer cuestión personal aquellas ditirámicas expresiones malsonantes que otros aficionados dedican, durante el curso de la lidia, al fenómeno nacido en el barrio diferente. Estas expresiones, como es sabido, suelen complicarse con el mosto, de manera que hacia el tercer toro, ya la bota y el labio de un aficionado han promovido con el labio y la bota del otro aficionado que está allí junto un tiroteo de elogios y de censuras, un diálogo vivo y escasamente académico, en el que la alabanza del uno choca y riñe contra el denuesto del otro.

Los dos aficionados rivales, que comenzaron por hablar en voz alta para sí, ya no se recatan en revelar sin empacho alguno sus preferencias. Y surge el duelo. Mientras uno de los borrachines defiende la estocada de su ídolo, el otro lo ataca siempre, y por supuesto sin olvidar a la señora madre del ídolo, de la que en los insultos





Dibujo de GODÍNEZ.

EL.—Que digas que esa es tanguista, pase; ¡pero decir que es super, no hay derecho!

tos españoles no se prescinde nunca. Las réplicas se agrian, las disputas aumentan. El sol, el vinillo, el olor de la sangre, el espectáculo tan tierno de los caballos exhibiendo su bandullo, excitan un poco la musa de los discutidores. Entonces la mujer del aficionado juzga llegada la ocasión de intervenir. Presiente una bronca seria, y el espectro tal vez del palo, de la puñalada, del papel sellado de la curia, le eriza la piel. Y aquí la tenemos tirando del brazo del esposo, interesándole que se calle, que «deje en paz a aquel hombre», que no se busque un desavío por una discusión necia con un obcecado. Pero el marido, empujando nuevamente la bota, mira de reojo y torna a agredir al compañero con una frase horrenda:

—¡Vaya una verónica! ¡Eso es camama pura! ¡Aquí no queremos bailarinas!

A lo que el otro, herido en sus devociones más caras, replica iracundo:

—¡Así se torea! ¡Que aprendan otros «asauras»!

Y aplaude con furia, con prisa, como si le pagaran.

El otro silba, terrible, lo mismo que si se ganase un sueldo.

Después se miran, y como echan centellas por los ojos, acaban por liarse definitivamente en un torneo de imprecaciones y blasfemias. La mujer del aficionado se ciñe el mantón a la cintura y se interpone ¡ay! en balde. Ya el público

se ha levantado de sus asientos y la confusión cunde. Bastones, sombreros, botas y palabrotas van por los inflamados aires. Entre tanto escándalo se percibe una voz ronca que solloza y gime. Al fin los siseos se imponen; la bronca se desvanece... Pero el aficionado no deja de murmurar, improvisando apreciaciones poco halagadoras para el diestro predilecto del aficionado contiguo y para su familia. Y la mujer, la buena mujer, ya sin bandolina en los cabellos, ya sin risa en los ojos, sigue amarrada al brazo del marido, y su voccecita, ahogada por los aplausos como truenos, por las silbas como huracanes, repite toda la tarde: «¡Déjalo, hombre! ¿No ves que está borracho? ¡Que lo dejes te digo.»

Ella es el estribillo de la fiesta; ella es, con el caballejo, la víctima de la fiesta; ella es la que en el desfile, al oscurecer, vemos calle Alcalá abajo corriendo desmelenada detrás de un grupo entre el que sobresalen los cascos de «la pareja...»

E. RAMÍREZ ÁNGEL

Señora viuda, joven, aunque le esté mal el decirlo. Desea enviudar de caballero rico, serio, formal y preferentemente enfermo. No importa gravedad. Envíe sello peseta o póliza.

LISTA, 100.



## LO DIJO SAN AGUSTÍN

UN día, no sé a qué hora, San Agustín dijo muy serio:

«Día vendrá en que los hombres tengan que subir a los árboles huyendo de las mujeres» (1).

Aunque yo no he visto aún a los hombres en las copas de los árboles haciendo el mono por causa de las mujeres, creo, señores, que eso debe estar muy bien y que ha llegado la hora de andarse por las ramas.

Aquellas mujeres, que por el leve motivo de enseñar por descuido un tobillo, llegaban hasta volverse locas de vergüenza, han muerto. La hembra que al oír una galantería de las finas y escogidas se ponía roja como un pimiento, ya no existe. Aquella mujer que llevaba faldas largas y que con ellas se llevaba toda la basura de las calles, la ha «diñado». (Hoy existen las barrederas mecánicas del servicio de limpiezas.) Aquellas damas que, además del polvo, se llevaban los hombres de calle, sin tener que enseñarnada, como las de hoy, han desaparecido del mapa. Hoy la mujer es más fresca

en todo: en el vestir, en el decir y en el hacer. Hoy unos tobillos femeninos no tienen importancia —es un decir—. Están por los suelos, como suele decir el vulgo. Y no es extraño ya que las «rodillas» también estén por los suelos. Los colores (de rubor) han desaparecido totalmente, y para encontrarlos hay que esperar a que salga el Arco Iris. ¡Que «esperansa», ché! (2). Actualmente las faldas largas sólo «¡Hay que ver...», que verlas en *La montería*, pues por las calles, nanay.

(1) Hasta ahora los hombres sólo se han encaramado a los árboles para coger fruta y nidos, o para cortar leña.  
(2) No vale revolver, no vaya a ser que nos salga una Esperansa Iris con el Arco y la exclamación argentina.

La Eva de ahora—más o menos deliciosa que la de antaño—no es la de antes, y lo blanco no es marrón ni verde alterado.

Antes, para conquistar una señora, había que trabajar más que un empedrador de la Villa, (¿es que trabajan?), y, en cambio, ahora es necesario sudar tinta china de barra para no dejarnos atrapar por el bello sexo.

Pero no es esto lo grave. Lo gravísimo es un tiro en una sien y el perseguiimiento, que comienza a ser ya un hecho, de la mujer al hombre. Por eso he dicho que lo de trepar por los árboles para ganar la copa ha llegado.

Yo, que siempre voy adelantado en todo (tengo un reloj malísimo), ya he comenzado a ensayar. El otro día, en dos minutos, gané la copa de un ciprés y me la bebí. Soy ágil, y tengo

la seguridad de que todas las señoras que me persigan perderán el tiempo lastimosamente. Me subo a los árboles que da gusto.

Así, pues, ensayen ustedes, que ha llegado el momento. Y antes de terminar voy a dar un consejo: todo aquel que use gafas de esas grandes y de concha, que no se encarama a un ciprés como yo

hice, sin tener en cuenta que llevaba una de esas gafas que me acababa de encontrar.

¿Qué por qué? Pues, sencillamente, porque sobre un ciprés y con esa clase de gafas, pueden llamarle a uno lechuza..., o pueden llamarnos silbando, y eso ¡no!.

Yo ni soy lechuza, ni sé ladrar, ni sé lo que me digo, digo, lo que me escribo...

\* \* \*

¡Me hice el artículo! ¡Gracias, San Agustín! Te espero esta noche en Parisiana. Cenaremos.

NICOLÁS DE SALAS



—Oiga, guardia, ¿a qué distrito pertenece esta calle?  
—Al de Buenavista.

Dibujo de GALINDO.





—¿Cómo es eso? ¿Puede usted ya andar solo?  
—Sí, señora; pero me temo que esta cojera me va a durar toda la vida.

Dibujo de SÁNCHEZ VÁZQUEZ.



# HAY AMORES ROMANTICOS

CONTRA la opinión de los que opinan lo contrario, yo afirmo que aun hay amores romancescos. Los diarios refieren de dramas pasionales, de novios que se suicidan mutuamente, de raptos maravillosos de señoras, mayores de edad por lo común. Hay que reconocer que son episodios de pasiones no vulgares, y que en este tiempo de grosera prosa todavía existen almas sutiles que saben enloquecer con el vago perfume de una magnolia intencional, o con el *te hadoro*, con h, que escribe la amada imposible de un cuarto o quinto piso.

Amores ideales son los de Eladia y Leocadio, dos tórtolos que asisten a las reuniones de los de Taboadéz. Ella es una joven pajiza, con ojos color verde botella; él es un muchacho enjuto, delineante y vestido de negro. La locura con que se quieren Eladia y Leocadio no es para describir. Se idolatran. No satisfechos con hablar día y noche, se escriben hasta cuando están juntos. Allí, en las tertulias, disertase en tono general sobre cualquier tema; ellos, aislados, en éxtasis, se miran con esa idiotez inefable que Amor nos infunde, y para nada se inmiscuyen en las conversaciones.

—¿Sabéis?—dice uno—. La mujer de Redondillo ha dado a luz otro tomo de versos.

—¡Qué fecunda es esa señora!—comenta otro—. Primero dió a luz *Las flores disecadas*; luego, un robusto niño, y ahora, *Sinfonías cordiales*...

Eladia y Leocadio no intervienen, digo, en las murmuraciones; viven para ellos exclusivamente, y no hablan mas que de su amor sublime, a veces en voz importunamente alta, y así les oímos que se dicen mientras se comen con los ojos:

—¿Me quieres, Leocadio de mi vida?

—Como una fiera, Eladia mía, única. ¿Dudas todavía?

—No; porque si dudara, me vería en la precisión de fallar. Esos pobres seres que nos rodean, incluso mi madre, no saben lo que es querer así...

¡Dichosos amantes! Se les denomina en la tertulia los «Amantes de Teruel, cursi ella y cursi él». Leocadio es un poco poeta, y cuantas composiciones se le ocurren, que son muchísimas, todas van disparadas contra Eladia, la cual se las aprende luego de memoria, y tan fielmente corresponde a estos extremos, que hasta ha despreciado una boda ventajosísima con un viejo de mucho porvenir, recomendación tenaz de la familia.

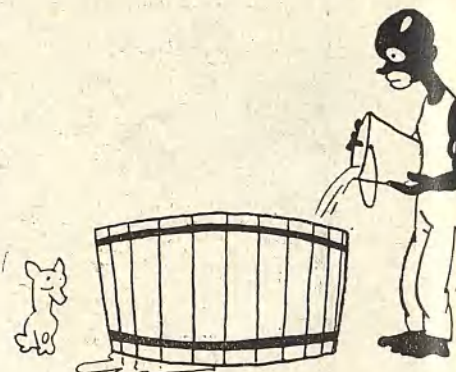
¡Qué venturosos van a ser estos enamorados en cuanto Leocadio gane treinta y cinco duros mensuales!...

Como el Amor no hay nada. ¡Oh, el Amor! Sufrir insomnios e inapetencias, preferir estar solo, soñar despierto, suspirar fuerte..., ¡qué supremas delicias!

Muchos de esos exagerados amores suelen terminar de manera trágica, porque los celos o la ceguera familiar ponen en las almas relámpagos de odio, rayos de exterminio.

En la calle del Mamotreto vivía una joven agraciada, morena ella, que andaba en relaciones con un viajante de perfumería, rubio y algo cojo, y ambos se adoraban idólicamente. Sin embargo, el viajante se empeñó en creer que cierto violinista aspiraba a substituirlo, y desde entonces el viajante dió en padecer accesos coléricos hereditarios, algo así como romanticismo agudo. Se convenció, al fin, de que no era verdad que el violinista pretendiera a su amada; pero ya los celos habían hecho su efecto terrible, y un día el insensato disparó un tiro al padre de la novia, matándolo; clavó a ella un cortaplumas, ma-

## EL BAÑO Historieta por GALINDO



Una tarde el negro Pancho quiso su cuerpo lavar, y al efecto, empezó a echar agua en un barreño ancho.



Hacia un calor de fragua aquella tarde de estío, y no tardó nuestro tío en buscar fresco en el agua.



Le pareció encantadora la lectura del periódico, y con un gusto tan módico pasó en el baño una hora.



Como bañarse solía tan solo una vez al año, echó también en el baño seis botellas de lejía.



Encontrándola tan buena que comenzó a leer, sin prisa, el semanario *La Risa* de lectura muy amena.



Mas su rostro, noble y franco, de pronto se desalegra, al verse la cara negra y el resto del cuerpo blanco.

tándola; asesinó a la madre, matándola, y se mató él, y no quitó del mundo al violinista porque éste se hallaba dando clases a domicilio. Pero el violinista, al enterarse, falleció del disgusto.

¿No es éste un verdadero final romántico?

Ya no se llevan casacas apretadas, melenas soñadoras, mejillas tísicas; pero en el fondo de muchos corazones late un romanticismo tan exaltado como el de Werther.

Voy a citar un tercer caso, para mayor lucimiento de mi tesis: Marcialito García y Lucy Cabrahíquez habían nacido, expresamente, el uno para el otro y el otro para el uno. Ella era una muchacha hermosa, con una nube en el cielo de una de sus pupilas y con un lunar precioso entre ceja y ceja. Pero a su tía, mujer de mal genio, se le puso también entre ceja y ceja la decisión irrevocable de que su sobrina jamás se casaría con Marcialito, ni aun cuando enviudara de otro, y la inocente pareja sufría duramente. Claro que a tan tiránica dictadura oponían la decisión jurada de amarse, no sólo en esta vida, sino en la otra y en otras muchas más.

¿Y qué puede una tía iracunda contra el Amor? Nada; en absoluto. Lucy recibía cartas de contrabando; Lucy veía todas las tardes a Marcialito cruzar rápido, en bicicleta, por delante de la casa, y Lucy se negaba a comer los mejores platos para que rabiasa la tía.

Pero ésta era terca como la piedra, y Marcialito se mesaba los cabellos, descomponiéndose la raya, y no sabía si suicidarse o suicidar a la tía perversa. Lucy, para no empeorar las situaciones, aseguraba que su tía era una santa, pero arisca, y así se iba desenvolviendo el proceso de estos amores tristes.

Se hartó al fin Marcialito, y una noche, bajo una farola, dijo a su amada:

—Como esa luz, esto se arregla. Tú, ¿me adoras?

—Sí—afirmó la joven, llorando.

—Pues nos tenemos que escapar.

—¿Adónde? No tengo ropa.

—Sin ropa. Nos iremos a Huesca, o a la Habana, o a Piedrahita de Abajo, donde no nos faltará nada, porque allí vive mi ex nodriza.

Y una mañana trágica se eclipsó Lucy. ¡Qué desesperación la de la tía! Raptada Lucy y raptada por un hombre tan aborrecido!...

Pero al día siguiente la severa dueña recibió una esquela redactada en estos términos: «El Amor es invencible, señora. Nos hallamos en lugar bien seguro, libres de sus garras. Ahora bien: si usted quiere, Lucy puede volver a su hogar, sin que la más leve mancha de pecado empañe su celestial pureza. Usted, con una razonable rectificación, puede impedir que se pierda un alma... Todavía tiene tiempo...»

La tía, conmovida como es de suponer, ha cedido de grado ante la noble conducta de Marcial, y hoy los novios están para casarse, y de fijo serán los esposos más felices de toda la tierra, según creen ellos y la tía también.

Hay amores románticos.

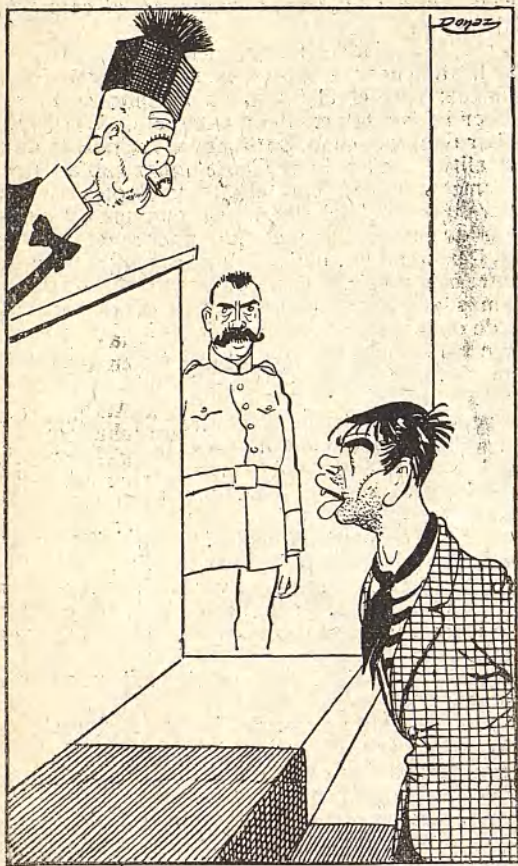
José BRUNO

Copio, copias, copiare, copiavi, copiatum.  
De «El Paladín de Hornachuelos»:

«Sobre el escándalo de ayer en la estación, nos dicen que Segunda iba en un primera, con una prima segunda, cuando Sexta, que viajaba en un tercera o en un segunda, lo armó todo.

(La solución mañana).





—Para despistar a la Justicia cortó usted el cadáver de su víctima en cuatro pedazos.  
 —No, señor juez. ¡Es una calumnia!  
 —¿Pretende usted ser inocente? ¿Es que no es verdad eso?  
 —No, señor juez, y puedo probarlo. No fueron cuatro los pedazos que hice: fueron seis.

Dibujo de DONAZ.

## DEL CERCADO AJENO

DECÍA un arriero que su padre había muerto de tristeza al saber que lo iban a ahorcar. Y no tiene nada de extraño: lo raro es que se rían las gentes en un entierro, y que haya dueños de funerarias siempre sonrientes y con una afición al chiste, que dejan a la parroquia completamente gripal.

—¿Qué me lleva usted por esta caja?  
 —pregunta el comprador.

—Cincuenta pesetas, por ser para usted.

—¡Eso no valía mi suegra viva!



DESDE LA

(CONATO DE

LA antigua te, de Valle-Baroja, de hoy también aunque *irru* genio Casa director, seg le falta llam profeta en s

A esa ter de hace cin maestro de malo, es el Puerta del S adelante; po pre la histo que este c nes—tinen dota amarg

¡Bueno!; Eugenio C grande y c y no queri

una audici por último Martín, de la piden, d y del públ

vale para perjura co tes de hac de Guerre la manó d que le dej

mira estu a carcaja ofrecerle especie « rece bien

firma y pl turista m y «Silenc

—Es que es una caja bien cómoda y de última.

—¿Y no me puede usted hacer una rebaja? Fíjese en que soy un pobre panderetólogo...

Al conocer el funerario la divertida profesión del parroquiano, le estrecha la mano con admiración y le dice: «Lo único que puedo hacer por usted es rebajarle un duro, si se lleva media docena...»

Algunos muertos se ríen de su propio entierro... Se despiden con una risita falsa, como diciendo: «Ahí queda eso». Otros ponen un gesto de duda, como si escucharan el elogio de un específico para el pelo. Y no faltan muertos que desde un mes antes de su muerte, afirman que no se debe decir haya, sino *aiga*, porque ellos han oído decir «¡Ay garrotín! ¡Ay garrotán!...»

En el Rastro se hallaba enfermo de gravedad un traperero, y se acercó a la cabecera una vieja. Esto pasó en la propia cabecera del Rastro.

—¿Me conoces?—le preguntó la vieja.

—¿Ya lo creo, como que eres la mayor celestina del barrio.

—No es tiempo de decir gracias—repuso la vieja.

—Por eso digo la verdad.

Fueron a visitar a un enfermo la suegra y tres cuñadas, y en cuanto las vio entrar, comenzó a decir: «Ahora es cuando me muero, porque empiezo a ver visiones.»

Otro enfermo de artritisismo llamó a un criado, y sacando los pies de la cama, que como le dolían mucho no los podía tener debajo de la ropa, y le dijo que viera lo que le dolía. El criado le contestó que no veía mas que mucha roña, y el señor, convencido, le repuso: pues la roña es lo que me duele.

Luis ESTESO





## DESDE LA CONCHA... DEL APUNTADOR

(CONATO DE INTERVIÚ CON DON EUGENIO CASALS)

LA antigua e insigne tertulia del café de Levante, de Valle-Inclán, de Julio Romero, de Ricardo Baroja, de Ruiz Contreras, de Benavente, es hoy también interesante con otros hombres, aunque *irrumpe* algunas veces en ella DON Eugenio Casals, «celebradísimo» primer actor y director, según *rezan* los carteles, y al que sólo le falta llamarse Manolo, Pepe o Paco, para ser profeta en su patria.

A esa tertulia, humilde y atenta, concurro desde hace cinco años, porque la preside Alsina, maestro de críticos; porque aunque el café sea malo, es el lugar más limpio y honorable de la Puerta del Sol desde la una de la madrugada en adelante; porque allí nos cuenta Ghirardo siempre la historia de su deportación, etc., etc.; porque este café — aquella mesa, aquellos divanes — tienen un recuerdo sentimental, una anécdota amarga y triste...

¡Bueno!; en Levante nos encontramos a DON Eugenio Casals poniendo cátedra de género grande y chico, clamando por músicos nuevos y no queriendo *ni* oírlos cuando se le ofrece una audición de uno de ellos; hablando mal, por último, de Jacinto Guerrero, de Pepe Ramos Martín, de *La montería*, de los empresarios que la piden, de los primeros actores que la *ponen* y del público que paga por verla..., o que pide *vale* para verla. DON Eugenio *jura*, *rejura* y *perjura* como el personaje de *El rayo*, que antes de hacer la celebrada y aplaudida zarzuela de Guerrero y Ramos Martín, se dejará cortar la mano derecha. Luego suplica a Santa Lucía que le deje ciego..., y ¡qué se yo!... Alsina le mira estupefacto y silencioso; Ghirardo no ríe a carcajadas porque Buscarini acaba de venir a ofrecerle su penúltimo folleto; el Guacana (de la especie «Pelmacius») asiente porque a él le parece bien todo lo que sea hablar mal, y el que firma y plega, interrumpiendo a Reyes, el caricaturista más feo del orbe (y están vivos «K-Hito» y «Sileno»), conocedor de los intentos de Ca-

sals de actuar durante este julio en el teatro de Maravillas, interpela, interroga, pregunta, interrumpe, molesta, o lo que sea.

—DON Eugenio, ¿de verdad le parece mala *La montería*?

—Y a usted y a todos los que tengan gusto y oído y entenderas — responde con su acreditada voz engendradora de su mote *el hombre cañón*.

—No, no — le atajo —. Ni estos señores ni yo decimos nada. Usted con su plena responsabilidad.

—Pues, la acepto — grita iracundo —. *La montería* es un esperpento, y Ramos y Guerrero dos *batatas*.

—¿Batatas? ¡Oh manes de López Alarcón! Protesto. Usted que los conoce de antiguo, ¿lo descubre ahora por la famosa zarzuela? Eso es injusto. A ustedes, los implacables, les alteró la bilis el dinero ganado por esos muchachos.

—¡No! ¡¡Nunca! Yo he protegido mucho a Guerrero... Pero es que *La montería* es un mamarracho. ¡Miren que aquel marqués bailando un fox para hablar de amor! Juro, rejuro y perjuro que yo, DON Eugenio Casals, celebradísimo (ya ustedes habrán leído las *bandas*) primer actor y director, ¡nunca, nunca, NUNCA, NUNCA haré con mi compañía esa obra!...

Como eran las tres de la madrugada, interrumpimos la interviú, que, a lo mejor, completaremos otro día.

E. M. DEL PORTILLO

Noticias desopilantes: «Loreto y Chico» acababan de aceptar una obra al joven autor señor González del Castillo, al que le habían cerrado ha tiempo las puertas de su teatro. *Enhorabuena cordial.*

«El celebradísimo actor Eugenio Casals, debutará en Maravillas mañana, pasado o al otro. A lo mejor ya ha debutado. Trae repertorio nuevo. Empieza con *Jugar con fuego* y *La generala* (casi estreno), y ensaya activamente *La montería*, que espera sea la salvación de su negocio. Nos alegramos.»





# Guía del forastero



## Congreso de los Diputados

LA mejor tertulia de Madrid donde, como en la mayoría de ellas, se habla mucho y no se hace absolutamente nada. Todos los días grandes desconciertos a cargo de uno de los músicos más eminentes. Mientras la mayoría canta y la minoría baila, Sánchez Toca.

Los domingos y fiestas de guardar, grandes sesiones de *variétés* «variados». Mañana debut del gran especialista en pantomimas señor Kam-bóo, y bailes rusos a cargo de los miembros pertenecientes al partido «pancista» (1).

## Banco de España

Edificio nacional donde en cuanto suban los comunistas al poder vendrá Lenin y su compañía para ejecutar con éxito varias representaciones de *La hora del reparto*.

## Monte de Piedad

Nombrada casa donde el que se empeña, «empeña» cualquier objeto de valor, exceptuando los inservibles, porque el empleado seguramente se empeñará, pero en no adquirirlos.

## Cárcel Modelo

Se conoce también este edificio por el apodo de Hotel Palace Moncloa, pues disfruta de unas mil habitaciones, donde viven «con agrado» la mayor parte de la gente bien... bien fastidiada.

## Senado

Dormitorios nacionales en los que los abuelos de la Patria roncan inocentes a fuerza de dulces. Los senadores tiempo ha formaron un hermoso coro, por lo que al principio de cada sesión cantan siempre bostezando su cuplet favorito: *La vida es un sueño*.

(1) Antiguo partido que tiene por objeto pasear, comer, dormir y fumar.

## Casa de Correos

Llamada por el vulgo el rascacielos de la Cibeles. La mayor parte de los asientos para el público tienen un rotulito en el que se lee la palabra «Correos»; dicho cartel con seguridad fué puesto para los desocupados que allí pasaban la tarde leyendo novelas o mirando al techo. ¿No estaba mucho mejor el haber grabado en ellos esta otra frase: «Correos... y hacer sitio?»

## Los cocheros de Madrid

La persona que desee saber dónde está la educación, cortesía y diplomacia, no tiene nada más que subir en un coche de punto, y una vez terminada la carrera, dar poca propina al cochero. El que así lo haga y no obtenga palabras insultantes, puede pasarse por nuestra Redacción y se le obsequiará con un *ford* fuerte y cuarto quilo de carne de falda, que ya es obsequiar en estos tiempos.

\* \* \*

Un caballero se apea de un coche de punto a la puerta de su domicilio.

—¿Cuánto le debo?

—Pues, verá el señorito—exclama el auriga—, todo ha sido dentro del primer límite, pero como casi hemos *roza* el segundo, primero más segundo...

—En resumidas cuentas, ¿se puede saber lo que le debo?

—Muy poca cosa, señorito; total, cinco cincuenta y la *voluntá*.

—¡Y la voluntad de darle un estacazo! ¡Esto es una «estufa», digo estafa!

—Vea el señorito que *tó* está por las nubes y que el *jamelgo* que llevo *alante* come más paja que un concejal cardíaco.

Los transeúntes comienzan a acumularse; y ya se oyen voces de «¡Que baile el auriga!», «¡Dejadle c'hable!», etc.; y claro, el caballero para terminar la discusión, paga la primada.

\* \* \*

En una estación cualquiera un paleta intenta penetrar en un coche de punto:

—¿Sabe larderos?

—Homb

¿Ustez deb

—No, se

pa servir a

un senato

pues yo m

cibas cart

—¡Allá

va usté a

—¿Cón

—¡Que

—Pos

m'acuerd

papel de

litona. M

apasan t

y un com

—¿Per

la señor

qu'un po

—¡Asp

gue leye

noventa

—¿Ci

var Rifa

¡Mira el

en la ví

ces deja

## Tarifa

Su pr

sequian

treteng

deber i

ponerle

del aur

medio

rio, el

ros la

cepillo

Su p

vijajer

en pru

debaj

pegar

se int



—¿Sabe usted dónde para el cuartel de abalarderos?

—Hombre, será de alabarderos. ¡Mi madre! ¿Usted debe ser de afuera, verdad?

—No, señor; yo soy de Mendrugo del Medio, pa servir a usted. M'habían decío que aquí había un senatorio pa enfermos y le dije a la Ruperta: pues yo me allego ahora a Madri, y cuando recibas carta tú te avienes luego y...

—¡Allá penas, hombre; allá penas! ¿Pero me va usted a endiñar toa la historia?

—¿Cómo ice?

—¡Que a qué calle va!

—Pos si le voy a icir me paice que no m'acuerdo... Aquí traigo unos apuntes (saca un papel de las alforjas y lee): «Señas de la tía Melitona. Madri. Una calle mu ancha por donde apasan trenvías. La casa está entre una cochera y un comercio...»

—¿Pero con esas señas quíe usted dar con la señora? ¡Aféitese, que tié usted más cañones qu'un pollo!

—¡Ásperece, hombre, que no hi terminaol (sigue leyendo): Calle de Toledo, número ciento noventa y nueve...

—¿Ciento noventa y nueve? Pues te va a llevar Rita. (Grita al caballo). ¡¡Arre Trotacalles!! ¡Mira el palurdo ése, después que da el «mitin» en la vía pública...! (y con tres cuartas de narices deja al forastero en tierra).

### Tarifa de coches

#### *Carrera en el primer límite:*

Su precio, mas un cigarro puro con que se obsequiará al conductor del coche para que se entretenga en el trayecto. Al final de la carrera es deber ineludible dar tres «leandras» al cochero y ponerle cara sonriente. Luego, para distracción del auriga, el viajero dará tres saltos mortales a medio quilo de filetes sin rebaba. Caso contrario, el auriga tendrá perfecto derecho para armarnos la bronca padre y rascaros los sobacos con cepillo de cerda.

#### *Carrera en el segundo límite:*

Su precio, mas un seguro de vida que hará el viajero en favor del conductor del coche. Éste, en prueba de agradecimiento, estará tres días debajo del agua sin pedir auxilio. Luego podrá pegarse con cualquier carrero que en el camino se interponga, y el señor esperará paciente todas

las horas que dure la reyerta. Una vez terminada la bronca, si el cochero quiere seguir su ruta, es favor que hace, y debe agradecerlo el señor metiéndose un pan grande en la boca y dando vivas al comunismo. El viajero, aunque el conductor del coche no quiera llevarlo a su domicilio, tendrá obligación de pagar al auriga el trayecto, mas propina extraordinaria que no bajará de un duro. El viajero, por último, se despedirá del conductor estrechándole la mano, ofreciéndole su casa y besándole los pies. El auriga contestará a tales saludos con palabras groseras y una «patá» en la boca del estómago, que el viajero recibirá con agrado.

#### *Carrera en el tercer límite:*

Aquí ya no hay límite alguno para los desmanes del conductor de coches. Podrá insultar al viajero, darle un palo o hacerle comer majuelas a dos carrillos.

JULIO DURANTE



—Pues ahí, donde le ves, ha llevado tras de sí miles de mujeres...

—¡Sería un tenorio formidable!...

—No, era maquinista del «Norte».

Dibujo de NOLITO.



## EL DOCTOR CALAMINA

Todo se hallaba dispuesto convenientemente en el Círculo Cultural de Villaescama; hasta el conserje habíase mudado de camisa. El pueblo en masa preparóse para el acontecimiento, y no hubo un solo escamón asociado que faltase al casino aquella noche.

La cosa era realmente transcendental, porque a Villaescama habían acudido en diversas ocasiones volatineros, cómicos y danzantes, presfíditadores y «estrellas de rabo», trágicos de la escena y del ruedo, conferenciantes ultraístas; pero invocadores de espíritus, nunca.

El doctor Calamina, un intelectual procedente de la Ribera de Curtidores, comprometióse solemnemente con el alcalde para levantar todos los muertos del pueblo ante su autoritario mandato, que Calamina no sería un eficaz *medium* de los espíritus; pero en cuanto a medios para levantar muertos, poseía los suyos.

Escamones de ambos sexos congregáronse curiosos en la sala principal del casino.

El conferenciante, dirigiéndose a los concurrentes, exclamó:

«Respetable auditorio: Ante todo, una importante y necesaria aclaración: las personas que padezcan de neuralgias, del apéndice o del bazo,



—¡Ah, como llegue a pescar algún día a aquella maldita gitana que me dijo que una morena de buenas carnes haría mi felicidad!

Dibujo de PERELLÓ.

que ahuequen... Los espíritus suelen proporcionar muy serios disgustos. Debo advertirles, además, que no hay espíritu que se me resista; oíd...

»En cierta ocasión exigieronme que invocase al Espíritu Santo... Bueno; pues vino, sí, señores, vino, blanco y todo espíritu. Ignoro si vino del cielo o vino de la tierra... ¡Pero vino!

»Hallábame una noche en el «Gallito Club», de Sevilla, cuando de pronto me dice un socio: «¿A que no es osté capá de jase que se mos aparezca Joselito? —¿Que no?—respondíle—. «¡Dos pesetas a que no!...» Me puse en funciones ante el más religioso silencio de la concurrencia, y de repente siento un ruido extraño, como si fuera un aleteo... ¡Les juro a ustedes que me acogoté! Y eso que a mí no me acogota ni el gallo... Lo cierto es que, en lugar de Joselito, se me apareció el gallo de Morón, sin plumas y cacareando... ¡Habíanme traicionado los malos espíritus!...»

Calamina aproximóse a un viejo velador, cubierto por un raído tapete de veludo negro.

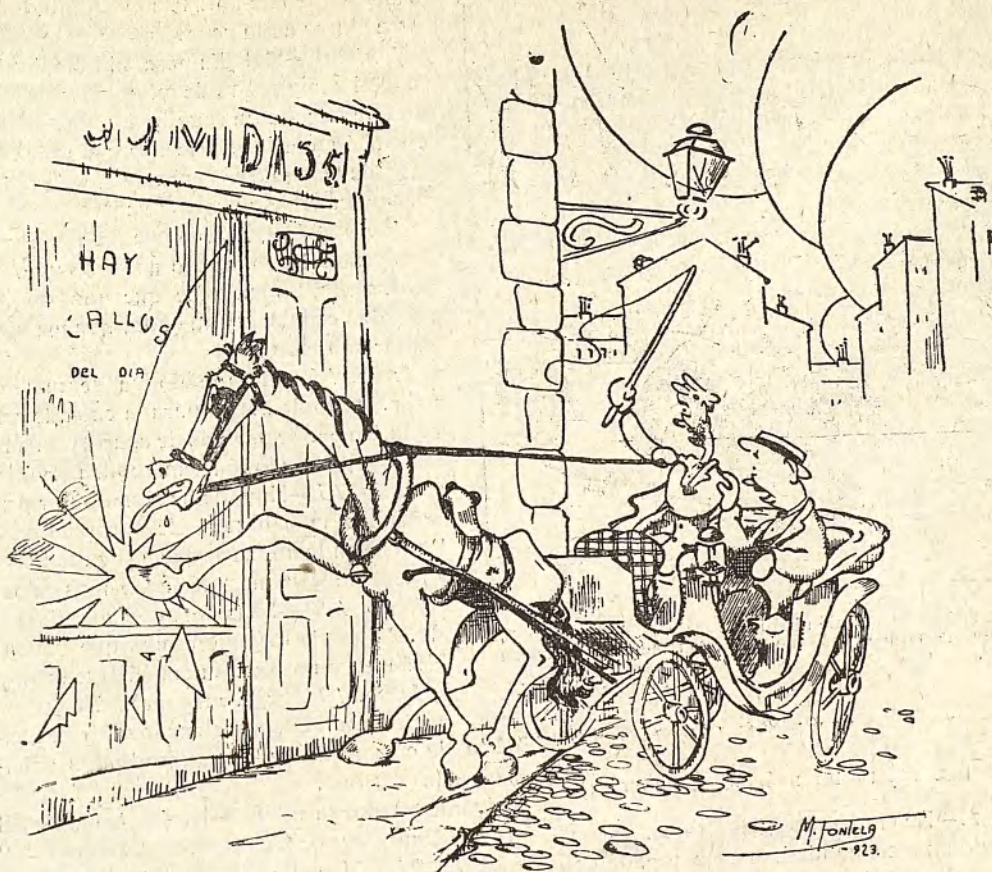
«—Hétenos, pues—prosiguió—, ante el trípode de los misterios. Los espíritus han elegido este mueble de tres pies, porque son caprichosos, y cuando se manifiestan lo hacen buscándole tres pies a un gato... Sin embargo, una vez en Gazapillos del Monte tuve que utilizar para mis experiencias una máquina Singer, porque en todo el pueblo no hallé un solo velador disponible, y me dió un estupendo resultado; pero gasté el hilo y paré la máquina en el preciso momento que el boticario me exigía la presencia de unos espíritus muy difíciles de invocar: los de las once mil vírgenes... ¡Mi madre, y qué compromiso!... ¡Once mil mujeres ante una máquina Singer y sin una hebra de hilo!... Pues bien, no me inmuté. Saqué un billete de mil marcos, se lo entregué a una virgen y exclamé imperioso: «¡Arrea, que vas por hilo!...» Y resolví el conflicto.

»Hétenos, pues—repito—ante el velador de los misterios... Os ruego la mayor compostura, pues los espíritus son muy susceptibles y no admiten pitorreo... Lo digo por ese joven, que no da señales de acabar con la chungu. ¡Oiga, pollo!... Si duda usted de mi poder sobrenatural, pregúnteme; yo le prometo que mi respuesta será definitiva.»

El aludido, un mocetón sobrino del alcalde, contestóle con sorna:

—¿Puede usted conseguir que se manifieste el espíritu del soldado desconocido?





—¡Eh, cochero; no se equivoque, hombre! ¡Le he dicho a la calle de la Estrella y se mete usted en la lunar!

Dibujo de FONTELA.

«—¡Qué duda cabe! Voy a complacerle; pero para ello tendré que desligar mi espíritu de la materia... La eliminación del espíritu se consigue a veces con el amoníaco... Veamos.»

Calamina mostró al auditorio un pequeño frasco de vidrio.

«—Aquí tenemos la panacea espiritual... Este pomo encierra las sales ultratúmbicas de las comisarías faraónicas... Ha llegado, pues, el momento... ¡A obrar!»

El profesor aproximó el frasco a la nariz y aspiró con fuerza. Seguidamente acomodó en una desvencijada poltrona y quedó en éxtasis.

Transcurrieron algunos segundos. El sobrino del alcalde rompió el silencio.

—¡A ver si va a poder ser!—exclamó.

«—Puesto que usted lo quiere, sea... El espíritu se me aparece en forma de mosca... ¡Ahí va

esa mosca, pollo!... ¡Atela por el rabo, pues se trata de un terrible Kamarrupa!... Me afirma que el soldado desconocido se llamaba Laureano de la Hoja y Pelaña...»

—¡Hombre!...

«—Y naturalmente, como se trataba de un valor de veinticuatro reales y con hoja, fué desconocido para mucha gente...»

—¿Y por qué no es el propio interesado el que se manifiesta?...

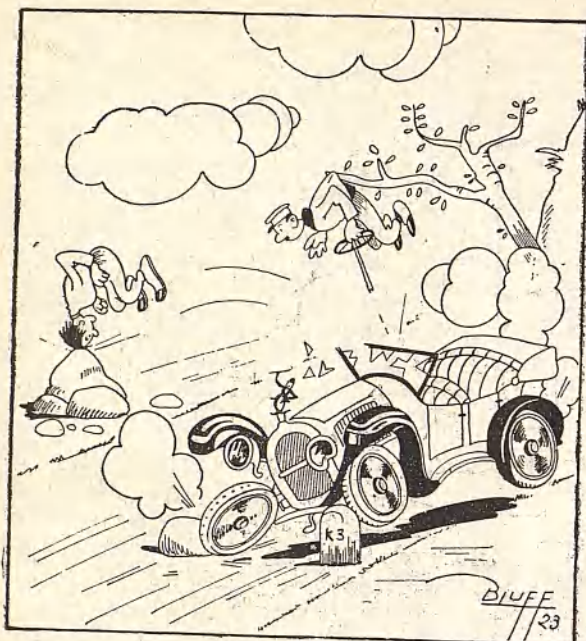
«—Pues por eso... Porque se trata de un desconocido, y no hay medios de dar con él...»

\* \* \*

El doctor Calamina no ha pensado volver por Villaescama.

José DE SILVA





EL BARITONO.—¿Quién había de decirme, después de lo bien que me salió el dúo, que había de irme a estrellar con el canto.

Dibujo de BLUFF.

## MI NOVIA PURA

(HOJAS DEL DIARIO DE PLÁCIDO CARRANQUE)

*Junio, 1.*—He empezado bien el mes. Apenas he cobrado mi mensualidad, me he topado con una muchacha más bella que Goicoechea. Como hipnotizado, he seguido tras de ella. Con tremolos en la voz me he decidido a hablarla. Me ha contestado con una voz deliciosa, con una voz de canario-flauta. He conseguido una cita.

*Junio, 2.*—¡Cuán deliciosa es mi conquista! Acabará por volverme loco. La he convidado a una botellita de cerveza y a una ración de patatas fritas y, entre patata y patata, me ha comunicado que se llama Pura. ¡Pura! ¡Exquisito nombre, fiel reflejo de su alma y de su corazón!

*Junio, 5.*—Ya llevo tres días saliendo de paseo con mi novia. Hoy me ha dicho que me va a presentar a su mamá. No me he atrevido a contestarla. ¡Es tan guapa!...

*Junio, 7.*—He conocido a la mamá de Pura. Las he convidado a merendar. Mi bolsillo se ha quedado bastante exhausto. Pero ¿es que la belleza de mi novia no se merece eso y más?

D.<sup>a</sup> Bernarda—así se llama la mamá—es una señora muy campechana, todavía de buen ver, viuda de un comandante de carabineros. La noticia me ha dejado satisfecho. Pura pertenece

a una buena familia. Me han dado permiso para entrar en la casa.

*Junio, 9.*—Mal día para mi bolsillo. Ha sido el cumpleaños de mi novia y he tenido que hacerla un regalo. La gabardina, el bastón con puño de oro y el traje marrón de espiguilla, yacen en las entrañas de una casa de compra y venta.

*Junio, 11.*—¡Cuánto me quiere Pura! Ayer en el Retiro me dió un beso y yo se lo di a ella. Lo malo fué que nos vió un guarda, cejijunto y tostado, que me hizo pagar una multa.

*Junio, 13.*—Mi bolsillo va de mal en peor. Parí de nuevo para la casa de empeño. Un par de zapatos de charol y un anillo de sello son los que emprenden el viaje.

*Junio, 15.*—Hoy me he tentado por primera vez la cabeza... He sorprendido a Pura leyendo una carta que ha ocultado rápidamente al verme. ¡Me acucian los celos!

*Junio, 18.*—Mis temores se han disipado. Mi novia me quiere más que nunca. Mañana vamos con su mamá al teatro.

*Junio, 19 (por la mañana).*—Nueva expedición a la casa de empeños. Me he quedado sin calzoncillos y he pignorado dos sábanas de mi patrona.

*Junio, 19 (por la noche).*—Hemos estado en el teatro. Estoy un poco amoscado. ¿Razones...?

*Junio, 21.*—Mi amor es cada día mayor. Pura me da cada vez más amplias muestras de cariño.

*Junio, 23.*—¡Caray! Esto ya pasa de castaño obscuro. He vuelto a sorprender a Pura leyendo otra carta que no me ha enseñado. Me ha dicho que era de una amiga de la infancia. De Totó.

*Junio, 25.*—He dado un sablazo a un compañero de la oficina. Estoy empeñado hasta los dientes; pero tengo a Pura, ¡a mi Pura!

*Junio, 27.*—Cada vez la quiero más. ¡Es tan ingenua!

*Junio, 28.*—He sorprendido a Pura con un hombre. Me ha dicho que era su primo. No la he hecho caso. Alocado he bajado las escaleras de su casa. No me cabía el sombrero en la cabeza. Sospecho que este hombre sea Totó.

*Junio, 30.*—Mis sospechas eran fundadas y ciertas. Aquel hombre era Totó.

*Junio, 31.*—Estoy hastiado de la vida; pero no me queda dinero ni para comprarme una pastilla de sublimado. Esperaré al día uno para suicidarme.

Por la indiscreta copia,  
NARCISO DEL JARDÍN



## CUENTECILLO "CAÑÍ"

EN cierto pueblo de la provincia de Granada había dos compadres gitanos, unidos por una de esas parentelas faraónicas que en mil generaciones se dicen primos los unos a los otros.

Los dos compadres tenían costumbre de hacer todos los días algún trato o cambio; pero, por desgracia, aquel día no habían hecho ninguno.

—¿Y puede un gachó pasar un día sin haber hecho «na»?—

Ya entrada la noche, le dijo uno al otro:

—Oye, comparito e mi arma: ¿quieres que hagamo un cambalache?

—¿Qué cambalache quieres jasé, comparito?

—Pue verás: mos vamos a gorré de esparda, ¿sabes? Mos esnuamo y cambiamos de camiseta; pero siempre sin gorré la jeta. ¿Jase?

—¡Jecho!

Volviéronse de espaldas y empezaron la maniobra, dándose sus respectivas camisetas; de nuevo se vistieron, y, sin decirse una palabra, se marcharon a sus respectivas casas.

He de advertirte, querido lector, que el que

propuso el cambio tenía su camiseta lo mismo que una criba, y el otro, completamente nueva.

El que cogió la nueva en seguida que llegó a su casa, le dijo a la mujer:

—Mira, serrana: vamos a sená en seguí, que he cambiao con er comparito la camiseta y va a vení a descamblarla, como si lo viera.

Se «jamaron» los «gabrieles» con tal prontitud, que poco les faltó para ahogarse, y, en cuanto concluyeron, metiéronse en el catre.

Todavía no habían calentado el sitio, cuando oyeron un golpecito en la puerta. El cañí dijo en voz baja a su mujer:

—¿Ves, chavala? Ya está ahí el comparito a descambiá. No contesies, ¡malos menges me tajelen!

Continuaron los golpecitos ea la puerta, pero les respondía el más profundo silencio. Y se repitieron los golpecitos, y nada... El compare que llamaba estaba más amoscado que una taza de miel, y al fin gritó al de dentro:

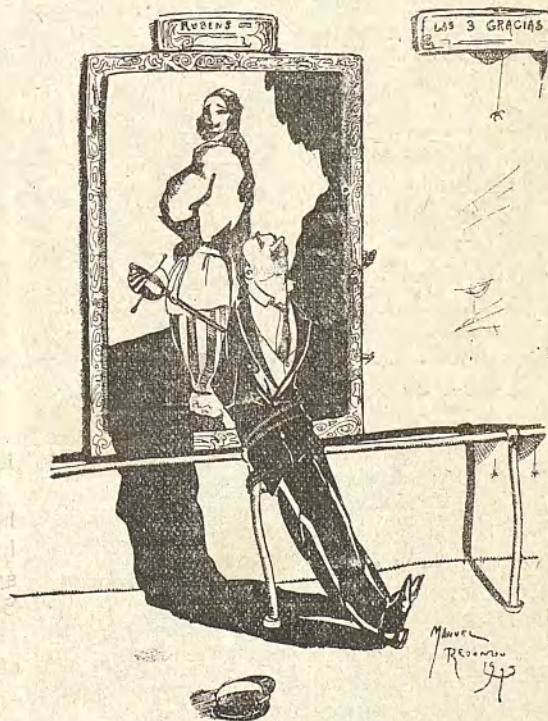
—¡Comparito e mi arma: ábrame osté, que no vengo a descambiá!... ¡Es que vengo a preguntarle por qué abujero tengo que meté la cabeza!...

J. SÉ SCHUMANN



### FIRMANDO SU SENTENCIA:

EL.—Así, siempre solos, y sin la presencia enojosa del bestia de tu padre.



### EL ROBO EN EL MUSEO:

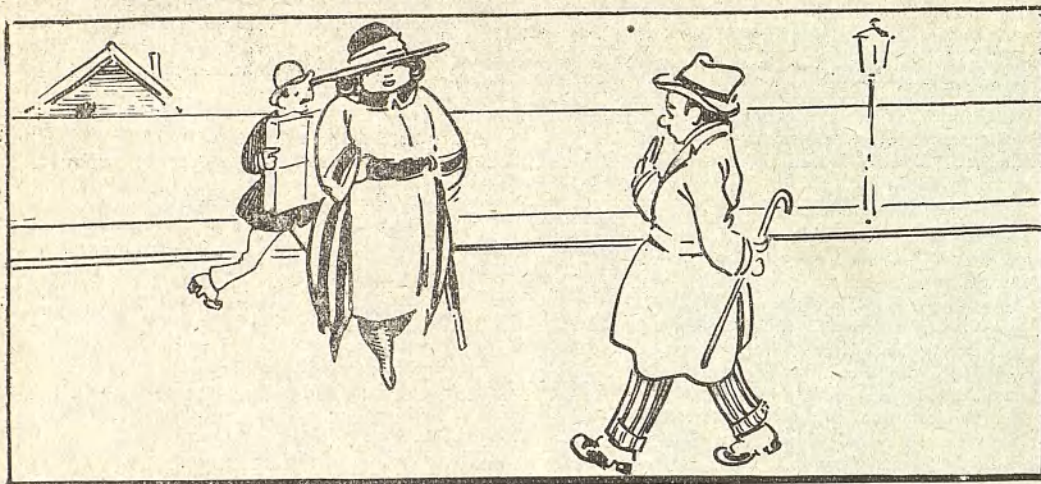
EL VIGILANTE.—No son los golpes lo que siento, sino el haber tenido que darle «Las gracias».

Dibujos de REDONDO.

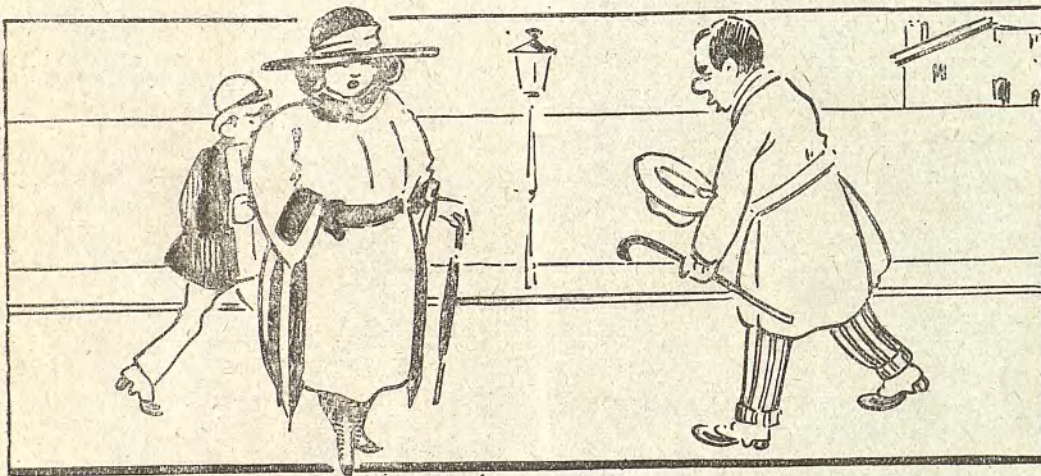


# NO DESEES LA MUJER DE TU PRÓJIMO

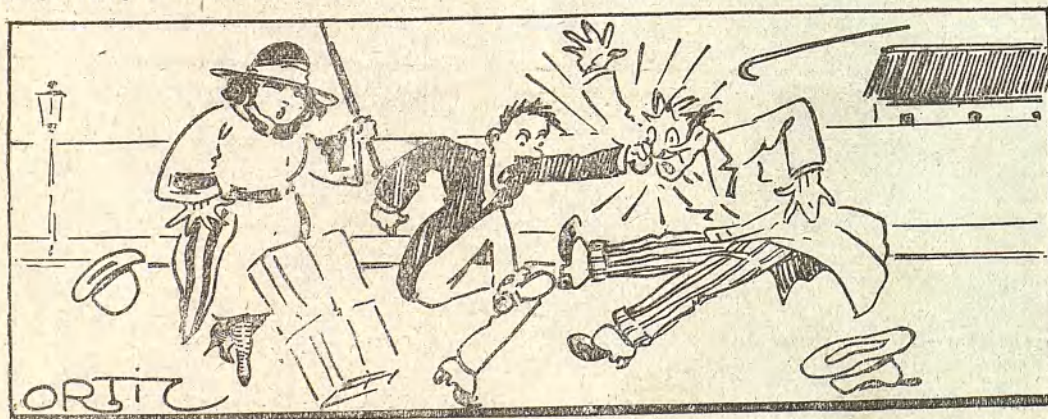
(Drama callejero en tres actos y varios mamporros), por ORTIZ.



La señora Revuelta es una hermosota y fresca jamona, muy codiciada. No es que sea precisamente la Venus de Milo, pero si le podemos dar el calificativo de la Venus de Kilos.



Desapareció un amigo del marido, la encuentra, y la dice: ¡Caray, señora Revuelta, doña Conchita, con las ganas que tenía yo de encontrarla sin el estúpido de su marido para decirle a usted un sin fin de burradas amorosas!...



Pero, ¡ay!, las señoras gruesas pueden producir muchas sensaciones. Esta vez la sorpresa no es agradable, puesto que surge el «estúpido» del marido y la emprende a trompazos con el descarado galanteador. ¡Los hay de abrigol...





## A LOS ESPONTANEOS

No se devuelven los originales ni se mantiene conversación ni correspondencia acerca de ellos.

De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta «exclusivamente» en esta sección.

Serán preferidos para su publicación los dibujos que se ajusten a los tamaños de 29 de alto por 10 de ancho o 23 de ancho por 9 de alto (se refiere a centímetros) y los artículos que sean breves.

Unos y otros deberán venir acompañados del cupón correspondiente, y los autores que deseen cobrarlos lo harán constar en el mismo original, así como los nombres señas y residencia de los mismos y deberán llevar una sola firma.

Diríjanse los originales al apartado 7.002.

Todo trabajo que no se ajuste a estas condiciones quedará sin contestación y será inutilizado.

**Julio Catalá.** Madrid.—Su dibujo lo guardamos para la próxima Exposición de Humoristas.

**Felipe Gómez.** Madrid.—El dibujito que nos envía demuestra que es usted más infeliz que un bastón sin puño.

**Benito Iglesias.** A'bacete.—No nos sirve su anécdota, entre otras poderosas razones porque no es tal. Es un chiste muy malo, a Dios gracias. No hay que confundir una anécdota con un puchero de aluminio, distinguido pollo.

**Luis Leal.** Madrid.—Hemos recibido sus cuatro artículos, acompañados de un solo cupón, por lo cual sólo hemos leído uno, que no nos gusta. Suplico escriba usted más claro, porque nos cuesta un sentido descifrar su letra.

Es inútil que nos envíe recortes de trabajos publicados en otro semanario, porque no influye en nada para nuestra decisión.

Si nos gusta, lo admitimos, y si no, va al cesto.

Tiene usted la manía, como otros muchos, de producir mucho, y así es fácil que no haga las cosas bien.

Más vale poco y bueno..., etc. Nos permitimos aconsejarle, porque estamos deseando publicarle algo.

**Ángel Carabajo.** Madrid.—Faltan los cupones. Si quiere que leamos sus dos trabajos, mándenlos dos cupones.

**Kerral.** Los Perales.—Se publicarán y abonarán en la forma que indica.

**Rafael Redondo.** Madrid.—*Ir por lana* no nos gusta.

**Gual Crespi Tahar.** Berda.—Se publicará.

**William Zeid.** Madrid.—Sus dos artículos ni siquiera nos han hecho bosquejar una sonrisa.

**Desh.** Barcelona.—Le publicaremos un dibujo solamente por venir los otros tres sin cupón, a menos que se apresure a enviarlos.

**Remigio Niño.** Madrid.—Sí, señor: cada pasatiempo debe venir acompañado de un cupón, y, por tanto, si quiere cobrar los diez que envía tiene que enviarnos los nueve que faltan o cobrar sólo uno.

## PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

### Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

### Extranjero.

Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Las subscripciones empezarán con el primer número de cada mes.  
Los subscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO  
PARA LA VENTA EN ESPAÑA DE

**“LA RISA”**

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA  
:: :: FERRAZ, 21.—MADRID :: ::





- Ustedes, los marinos, debían usar capa.
- ¿Por qué?
- Porque así podrían «capear» mejor los temporales.